

No lo consiguieron

Víctor Juan

Huesca, veintitrés de agosto de dos mil veinticinco

Suelo repetir aquí, cada año, que nos reunimos ante este memorial que recuerda a las noventa y cinco personas que fueron asesinadas en Huesca el veintitrés de agosto del treinta y seis para demostrarnos que «la tristeza nunca es la última palabra». También me digo, y os digo, que el veintitrés de agosto del treinta y seis fue el día más triste del mundo y que nadie, ninguna de las personas que fueron asesinadas había hecho nada que justificara o explicara que los mataran.

Hoy quiero arrojar un poco de luz sobre estas afirmaciones.

La tristeza no es nunca la última palabra, pero en aquellos años, durante mucho tiempo, todos los días fueron tristes.

Nadie merecía morir. Tenían razón las víctimas cuando afirmaban: «Yo no he hecho nada» porque nada justificaba que los buscaran, los sacaran de sus casas, los detuvieran, los maniataran, los apalearan, los llevaran delante de una tapia o los bajaran de un camión en una cuneta y los mataran.

Nadie merecía esa suerte. Nadie la merece hoy tampoco.

Eran inocentes, no tenían culpa, pero no eran personas insustanciales, inofensivas para el fascismo, inocuas, pasivas...

Entonces, ¿qué habían hecho?

¿Qué representaban?

¿Por qué eran peligrosas para quienes pretendían extender las tinieblas?

Aquellas personas representaban un cambio revolucionario en la manera de entender el mundo, eran el anticipo de un tiempo mejor, los exterminaron para aplastar sus sueños y para evitar que nadie se atreviera a soñar.

Que nadie sueñe, que nadie denuncie, que nadie se comprometa, que nadie se sirviera de la palabra para transformar el mundo, que nadie piense en la libertad, en la justicia, en la educación, en ninguno de los derechos que se anunciaban en aquel tiempo de la gran ilusión que fue la II República.

Nos dejaron un país más feo, tosco y grotesco en el que crecimos sin maestros, sin filósofos, sin artistas, sin escritores, sin el ejemplo ético de luchadores por las causas de todos, sin los defensores de los sueños colectivos.

A algunas de las personas que fueron asesinadas les bastó con ser buenos. La bondad siempre es revolucionaria.

Los amantes de las tinieblas odian la bondad, la belleza, la inocencia... A los asesinos no les importó matar un ruiseñor. En realidad, eran asesinos de ruiseñores, abusaron impunemente del abandono, de la fragilidad, de la indefensión de las víctimas... Quisieron exterminar la belleza del ruiseñor.

No lo consiguieron

Nosotros y nosotras, soñamos sus sueños

Alimentamos sus ideas

Defendemos las libertades

Recuperamos las palabras

Cultivamos la memoria

Transitamos por los mismos caminos que ellos transitaban

Miramos el mismo cielo del que cuelgan las mismas estrellas

Bailamos en las mismas plazas

Cultivamos los mismos campos

Paseamos por las mismas calles

Golpeamos con nuestros martillos el mismo yunque

Leemos los mismos libros y leemos libros nuevos

Pealeamos sus batallas

Restañamos sus heridas

Cuidamos las flores que han brotado de las semillas que ellos dejaron, con su sangre, en la tierra

Gritamos las palabras que silenciaron

Nos duele su mismo dolor

Lloramos sus lágrimas

Recitamos sus poemas

Entonamos sus cánticos

Tomamos café en Huesca

Levantamos sus banderas

Guardamos su memoria

Queremos ser buenos con su misma bondad para volar muy alto en un caballo blanco y no mancharnos de barro en la tierra nuestro vestido nuevo, nuestro vestido blanco

Aún estamos en el camino

Y llevamos, de mil maneras, en cada uno de nosotros, un pedazo suyo